

Nuestro reconocimiento, en fin, a Aznar y Sueiro por este importante rescate. Ojalá y no tarden en reunir también la obra crítica y ensayística del mismo autor. En 2004, en una iniciativa paralela a la presente, Aznar publicó unas dieciocho cartas de Clariana a Rafael Dieste, Juan Gil-Albert, José Lezama Lima, Vicente Llorens, José Rubia Barcia, Pedro Salinas y María Zambrano, que dan una excelente idea del calibre de su pensamiento<sup>2</sup>. Y seguramente en los ensayos registrados por Aznar y Sueiro en su bibliografía (por ejemplo, sobre Garcilaso, Alberti, Prados, Nicolás Guillén, Ortega, Neruda, Machado y Unamuno), Clariana también tendrá cosas de mucho interés que decirnos.

JAMES VALENDER  
El Colegio de México

RAFAEL ALARCÓN SIERRA, *Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2007.

La historiografía literaria del siglo xx, aún hoy convaleciente de varias heridas, no ha sido muy justa con los autores de la llamada “generación del 36”. Su evocación carece del brillo insolente de sus predecesores del 27 y de la promesa de comenzar de nuevo que se asocia a los del 50. El infausto recuerdo de la fecha a la que se recurre para nombrarlos parece provocar que nadie desee hacerlo muy a menudo. Esto ha perjudicado a todos los poetas atrapados bajo ese marbete, pero de manera muy especial a Luis Felipe Vivanco. Así lo nota en las primeras páginas de su –digámoslo ya– excelente estudio Rafael Alarcón Sierra: mientras que autores como Leopoldo Panero, Luis Rosales o Dionisio Ridruejo han sido estudiados individualmente, y de este modo “rescatados” en lo posible del cajón de olvido de la “generación del 36”, Luis Felipe Vivanco ha permanecido en él, a pesar de que su poesía es tan interesante o más que la de los dos anteriores, y de que en su labor crítica demuestra inteligencia y sensibilidad para comprender el arte y la literatura.

Alarcón Sierra analiza las causas de esta postergación singular, con perspicacia y sin parcialidad: la postura política de “republicano católico de izquierdas” llevó a Vivanco primero a la Falange, después al recelo del franquismo y luego al rechazo de éste y su camarilla –en especial, contra el Opus Dei–, lo que venía a ser la manera menos oportunista y más difícil de ser un español moderado y católico en la posguerra. Como, además, prefirió vivir su incomodidad de modo

<sup>2</sup> Véase el anuario *Laberintos*, Valencia, 2004, núm. 3, 219-238.

íntimo, y dejar sus críticas al régimen –a veces terribles– en sus obras, sin manifestaciones públicas, no fue tampoco un nombre señalado de los opositores a Franco. Vivanco quedó en tierra de nadie, y pagó esta arriesgadísima opción política que es el individualismo con la pena del ostracismo, que de paso cayó no solamente sobre su persona, sino también sobre su obra. *Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega* es la primera obra crítica de cierto calado dedicada al autor desde la transición: sólo rompen el silencio algunos artículos y capítulos de libro de carácter introductorio, o bien dedicados a ciertos aspectos particulares de su obra, estudios conjuntos sobre la generación del 36 y alguna tesis doctoral inédita. Ni siquiera la edición de sus *Obras* (no completas) en la editorial Trotta en 2001 ha paliado suficientemente el arrinconamiento duradero impuesto sobre Vivanco. Y no contábamos hasta ahora con una monografía sobre el autor madrileño. Todo esto haría ya conveniente el libro, que además cumple su tarea de responsabilidad historiográfica hacia la figura y la obra de Vivanco con precisión y buen tino críticos.

*Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega* es simultáneamente una biografía y un estudio del autor de *El descampado*. Rafael Alarcón Sierra había ya probado sus virtudes como biógrafo en *Pasión perfecta*, la “vida” de Juan Ramón Jiménez: al rigor en la investigación une el vigor en la prosa, necesarios para sostener el interés del lector en este extraño género de las biografías literarias, que son narraciones sin dejar de ser estudios. Una de las ventajas de aproximarse a la obra de Vivanco desde el recorrido completo de su vida es que de este modo su vinculación al año 1936 queda difuminada, al fin, y comprendemos que esa fecha muy poco tiene que decir de la mayor parte de los escritos del arquitecto, poeta y crítico.

El estudio presta especial atención a la recepción inmediata de las obras de Vivanco, aspecto crucial, ya que la discreta difusión de sus libros en el momento de su salida fue, quizá, la primera piedra del muro de olvido levantado en torno a ellos. No le faltaron reseñistas de calidad, pero el hecho de que entre los lectores y críticos de Vivanco se encontrasen Gerardo Diego, Dámaso Alonso, José Luis Aranguren o Ricardo Gullón no ha sido hasta ahora acicate suficiente para que en los últimos tiempos se estudiase la recepción de este autor. Y eso a pesar de que bien sabemos que, puesto que un libro no es sólo de su autor sino también de sus lectores, no es posible situar a un escritor en la Historia de la Literatura sin estudiar también a éstos. Para cumplir tan necesaria tarea Rafael Alarcón Sierra ha exhumado las reseñas de la época (firmadas por los antes citados y por otros como Leopoldo Panero, José Luis Cano, Germán Bleiberg o Ángel Valbuena Prat). El resultado es una actualización crítica de la bibliografía sobre Vivanco y aun sobre sus compañeros Leopoldo Panero o Luis Rosales, que nos pone al día, muy convenientemente, sobre la per-

cepción inmediata que se tuvo de sus obras. Pero, además, este proceder nos presenta un esbozo inusualmente rico de la vida cultural de la época –no la oficial, sino la que a trancas y barrancas se hacía desde medios como *Espadaña*, *Ínsula*, *Cuadernos Hispanoamericanos* o *Papeles de Son Armadans*. Así pues, a la vez que la obra de Vivanco, se nos revela la existencia de un grupo de críticos mucho más juiciosos que el tiempo que les tocó vivir, encabezados por los mencionados Gullón y Cano. Y es que, en este estudio, junto a la figura protagónica aparecen otras que, sin imponerse sobre él, presentan nítidos perfiles, y contribuyen a que el libro no sea únicamente encomiable como monografía sobre Vivanco, sino también como visión en escorzo de una etapa de la literatura española injustamente recortada, aislada de las coordenadas de la literatura del siglo por el excesivo afán con que se la ha atado a las coordenadas de la historia política. El libro combate esta deficiencia mostrando, por ejemplo, las relaciones personales de Vivanco con su tío Bergamín, con Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, e incluso con otros mayores, como Manuel Machado o Eugenio d'Ors, o más jóvenes, como José María Valverde (a quienes los manuales y ensayos al uso destinan a otros capítulos, anteriores o posteriores al del 36, para hacer más efectiva la incomunicación de éste). Por otra parte, la labor de recuperación de textos que Alarcón Sierra lleva a cabo, además de reseñas, da frutos insólitos, como un poema temprano de Vivanco que no había sido reproducido desde su primera edición, en *El acabose del año nuevo de 1934*, almanaque de *Cruz y Raya*, y que Alarcón Sierra recobra y ofrece a los lectores en su trabajo (p. 24).

La visión comprensiva sobre el quehacer de Vivanco abarca las diversas facetas que acompañaban a su vocación poética –arquitecto, lector, crítico de arte, investigador de la literatura española, traductor–, demostrando la armonía y complementariedad existente entre estas dimensiones: así, por ejemplo, el hecho de haber traducido con Rosales cuatro églogas de Virgilio para *Cruz y Raya* no es algo aislado, sino que tiene su correspondencia en la atención que el joven Vivanco deparaba hacia el clasicismo como opción estética y la contemplación serena de la naturaleza como asunto central en su obra. Por sus lecturas los conoceréis: Alarcón Sierra hace cumplido recuento de éstas y del poso de ecos que dejan en la poesía del autor madrileño, reconocidos y aun subrayados por él mismo: Juan Ramón, san Juan de la Cruz, la Biblia (el Eclesiastés, especialmente), Unamuno, Rilke, Vallejo y otros muchos. La imprescindible vertiente del Vivanco ensayista y crítico literario es debidamente destacada por Rafael Alarcón Sierra, que se detiene en su *Introducción a la poesía española contemporánea*, considerando no solamente sus virtudes como contribución a la historia de la poesía de su tiempo, sino también como dispensadora de claves para la poesía del propio Vivanco.

El estudio presta atención a los escritos autobiográficos del poeta, en especial de su *Diario*, excelente muestra del género que no ha sido todavía publicada en su totalidad –sirva este comentario como expresión de un *desideratum* que reclama satisfacción con urgencia. El rastreo de los datos no se queda en eso, sino que se acompaña, además, de la interpretación de los mismos que Vivanco –un carácter reflexivo, proclive a la meditación sobre sus acciones– brinda en esas páginas introspectivas. Así, por ejemplo, Rafael Alarcón no se limita a suministrar la información relativa a la infancia de Vivanco en El Escorial y Toledo, sino que recoge también, mediante frecuentes citas del autor, la importancia que el poeta otorgaría a ese período en sucesivas reescrituras –y por lo tanto reconstrucciones– de la experiencia. De este modo, el estudio de Alarcón Sierra se constituye como un diálogo con las palabras del escritor que es su objeto de estudio, lo que tal vez resulte la manera más *leal* de cometer ese enajenamiento que es escribir la vida de alguien (resta por ver si no hay enajenamiento incluso al escribir la propia vida, pero esta discusión debe quedar para el momento, ojalá próximo, en que felizmente se publique la edición completa del diario de Vivanco).

La tarea informativa, de recopilación y ordenación de datos –como hemos visto, rigurosamente cumplida– se ve complementada por la interpretación crítica de la que tan necesitada está la poesía de Vivanco, y para la que ofrece jugosos ejemplos. El lector agradecerá los inteligentes y enriquecedores comentarios sobre algunos poemas concretos que se encuentran en estas páginas: todos ellos son valiosos, y es de agradecer que Alarcón Sierra recuerde el poema “Los regalos”, auténtico “regalo envenenado” para el lector, que tras admirar su sencillez ya no podrá eludir la lectura de Vivanco (p. 101). Pero me parece especialmente feliz, por la dificultad de su objeto, la interpretación del “Preludio” de la tercera parte de *Leciones para el hijo* (1961) –un texto valiente en el que Vivanco ataca al franquismo y sus acólitos con alusiones sólo a medias encubiertas (pp. 123-125). Mención aparte merece el poemario *Memoria de la plata* (1958), sobre el que se han cebado los malentendidos críticos: en primer lugar, su recepción fue, si cabe, más escasa de lo habitual en la obra del madrileño; en segundo, el subtítulo del libro, “(1927-1931)”, y algunas declaraciones de Vivanco han ocasionado que se sitúe este poemario en los años treinta, y se valore como un pecado vanguardista de juventud. A este parecer se opone Alarcón Sierra, argumentando que sólo cinco poemas del libro fueron escritos realmente en los años veinte y treinta, y que el conjunto constituye, en realidad, una recuperación del lenguaje vanguardista en la posguerra, verificada desde la madurez de Vivanco, en 1958. Lejos de considerarlo una anécdota en la producción del poeta, Alarcón Sierra lo valora como un libro central, que amplía las dimensiones

creativas del autor y obliga a sus lectores y críticos a responder con un ensanche parejo.

De estas lecturas críticas y de la revisión de las reflexiones de Vivanco sobre su poesía se extrae una poética sintéticamente expresada en estas líneas del propio autor: “una palabra poética que tuviera siempre detrás de sí la mayor cantidad posible de realidad vivida desde el hombre mismo” (cit. en p. 54). Tal exigencia hace, si cabe, más inexplicable su olvido, pues lo sitúa bastante cerca de algunas tendencias actuales de la poesía española. Pero explica también –hay que recordarlo, como hace en su Introducción Alarcón Sierra–, la reciente y casi secreta recuperación que de Vivanco están llevando a cabo algunos autores jóvenes como Alberto Santamaría.

La edición no desmerece del valor de este libro: es de excelente factura –la Imprenta Artesanal del Ayuntamiento de Madrid es verdaderamente artesanal–, y se presenta acompañada de una antología poética de Luis Felipe Vivanco preparada por Margot Vivanco, con ilustraciones de Gustavo Torner. Sólo resta desear que el objetivo –hacer justicia al poeta– tenga la debida respuesta de los lectores y críticos.

CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ

Universidad de las Islas Baleares